



Sobre estas líneas, Manuel Andrés y Fernando Delgado, principales intérpretes de la obra, dirigidos por Manuel Collado (a la derecha).

## o de partida”

dad no me preocupa especialmente, no me parece un tema controvertible, como no me lo parece la heterosexualidad. Son realidades que están ahí y punto”.

—Realismo, estructura clásica, ¿establece este primer estreno un posterior estilo como autor?

—“La poca obra que tengo es muy variada, no se parecen nada unos textos a otros. Mis estilos son muy diferentes porque busco constantemente; lo demás me parece muy aburrido. No quiero repetirme, imitarme a mí mismo. Por otra parte, las obras teatrales son un material de partida, algo a partir de lo cual trabajar, propuestas abiertas modificables en el proceso de montaje”. □

### Manolo Collado:

## “Un paso adelante en el teatro privado”

**S**on muchos años metido de lleno en la aventura escénica. Tiempo que le ha proporcionado una larga experiencia y un olfato especial para intuir por dónde se mueven los gustos de los espectadores, qué textos llevan en su interior las claves de un posible éxito. Ha estrenado tanto a autores consagrados, Buero Vallejo, Gala o Chéjov, entre otros, como a noveles del teatro, Fermín Cabal en sus comienzos, María Manuela Reina, y, ahora, Jorge Márquez. Es uno de los directores que, desde la empresa privada, más fe ha puesto en los nombres desconocidos y en los apellidos españoles. Una lucha sostenida por la idea de la novedad, de lo diferente, del riesgo como único puntal para seguir creciendo en su profesión.

—“Leí *Hazme de la noche un cuento* y nada más terminarla llamé al autor y le dije: si Rodero hace el travesti, yo hago esta función. ¿Qué me movió? Me pareció que esta obra, partiendo de unas premisas más o menos convencionales, tenía un encanto. Pensé que el hecho de que Rodero saliera al escenario haciendo de señora, y defendiendo sus puntos de vista como tal, era algo socialmente atractivo. Desde el primer momento imaginé a José María en el papel del travestido, y a nadie más, y si no lo hubiera aceptado, seguramente yo no hubiese hecho la obra. Me costó dos meses convencerle, que resolviera sus dudas entre interpretar a Raquel o a Anselmo”.

—La obra tiene un lenguaje realista, pero está enmarcada por un ambiente poético, ¿cómo planteó esa fusión sobre la escena?

—“Es una obra muy difícil de hacer, muy difícil de trasvasar para que el realismo no gravite absolutamente sobre todo el montaje. Mi trabajo y el de Eduardo Naranjo —y creo que lo hemos conseguido— ha sido dotar a la obra de una atmósfera poética. Algunos críticos han dicho que tanto el montaje como la interpretación son un poco grises. Yo no lo creo. Es cierto que he buscado la contención, por ejemplo en el papel de Raquel, en detrimento, tal vez, de un producto más agresivo, con más aristas, pero he preferido la dignidad y el rigor a la posible vulgaridad, al desmelenamiento. Pienso que tengo un reparto espléndido y homogéneo, y



PILAR CEMBRERO

que la elección de Manolo Andrés —tras la enfermedad de Rodero— ha sido un acierto”.

—Se ha hablado de la introducción de símbolos que no siempre quedan claros para el espectador.

—“Sí, algunas críticas han planteado dudas acerca del papel de la chica, de su significado. Evidentemente, representa la imagen de la mujer que Raquel quiso ser —incluso en la segunda parte se viste igual que ella—; pero es también la hija muerta de Anselmo y es la proyección romántica y rota de Dorotea. Es el sueño de cada uno de los tres personajes. Por otro lado, no me parece que la poesía tenga que ser lógica necesariamente; es un escape, algo intuitivo”.

—A lo largo de la obra hay dos planos que usted ha querido resaltar y contrastar.

—“Potenciar ese contraste entre fantasía y realidad ha sido mi mayor empeño y el de Eduardo Naranjo. Hay, en algunos momentos, más de dos planos: la escena entre Ramón y Dorotea, de un fuerte realismo, está montada paralelamente a la aparición del ideal romántico en el otro lado del escenario, y aún al fondo aparece una realidad distinta, la habitación de Raquel. Son tres mundos enfrentados en el mismo instante. La magia o el encanto que pueda tener la representación está en las sugerencias que el público reciba, en su final abierto, en la falta de explicaciones, en ese mundo onírico indefinido. Esa es la parte que más me gusta de mi trabajo”. □